



Pier Paolo Pasolini

# LA RELIGIÓN DE MI TIEMPO

Traducción de Martín López-Vega

Nørdicalibros

Pier Paolo Pasolini

# La religión de mi tiempo

(poesía, 1957-1971)

Edición bilingüe

Traducción y prólogo de  
Martín López-Vega



## EL HOMBRE QUE NUNCA SE ESCONDIÓ

«**P**asolini no amaba la furtividad: ni en cuestiones eróticas, ni en ninguna otra.» Esa es la premisa con que Enzo Siciliano arranca su *Vita di Pasolini* para desmontar la teoría oficial de la muerte del escritor. Pasolini nunca se escondió: amaba provocar, escandalizar, cuando aún esas palabras tenían un sentido; cuando provocar, escandalizar, podía hacerse con una función. Nunca la provocación de Pasolini fue gratuita. Su modo de provocar era levantar pavesas para mostrar la tierra que había debajo, desmontar el decorado oficial (ese «espacio abstracto» de Lefebvre) para mostrar que si el mundo (con sus frustraciones, sus censuras, sus mitos, sus morales, sus prohibiciones) es como es, no es porque tenga que ser así, porque solo pueda ser de un modo, sino porque hay quien quiere que sea así.

Y el modo favorito de Pasolini (para quien la felicidad solo podía encontrarse en la libertad; para quien la felicidad era, por tanto, un imposible, pero un imposible en cuya búsqueda valía la pena perder la vida) para mostrar eso consistía en mover una pieza de sitio. Cambiar de lugar una pieza que siempre ha estado en el mismo lugar obliga a ver la realidad desde un ángulo nuevo (político, desde luego), forzando a reinterpretar el significado de cada elemento, especialmente de aquellos cuyo sentido dábamos por supuesto. Es lo que mueve toda su obra, y baste como ejemplo su idea de proponerle al poeta

ruso Eugeni Evtuchenko que interpretase a Jesucristo en su film *El Evangelio según san Mateo*. En 1963 le escribía a Moscú explicándole las razones de semejante ofrecimiento:

[...] ¿Cómo se me ha ocurrido? Tal vez sepas que yo no soy un director... serio, y que no busco a mis intérpretes entre los actores: hasta ahora, para mis films *lumpenproletarios*, los he encontrado, como se dice en Italia, «en la calle».

Para Cristo, un «hombre de la calle» no sería suficiente: a la inocente expresividad de la naturaleza es necesario añadir la luz de la razón. Y entonces he pensado en los poetas. Y pensando en los poetas he pensado en ti el primero.

A todo el mundo le parecerá extraño que te elija para hacer de Cristo a ti, un comunista. ¿Pero no soy yo acaso un comunista? Las razones ideales de esta obra mía son muy complejas. Te las simplificaré transcribiendo el primer texto de mi película: «Esta película quiere contribuir, en la modesta medida que se puede permitir a una película, a la obra de paz iniciada en el mundo por Nikita Jrushchov, Juan XXIII y John Kennedy» (Pasolini, 1994: 246).

Difícil, si no imposible, leer la poesía de Pasolini como una manifestación separada del resto de su obra (novelas, películas, su recientemente descubierta faceta de pintor). La poesía es, con todo, el sistema nervioso de toda su producción, el laboratorio donde sus ideas se decantan y quintaesencian para luego disolverse en las distintas formas narrativas. Él mismo, en un texto escrito para una selección de sus poemas publicada en 1970 por la editorial Garzanti, habla de sus películas y dice que las hizo «como poeta». En ese mismo texto explica sus primeros pasos como tal. Después de explicar que fue

su madre quien le contagió el amor por la poesía, tras enseñarle un soneto que concluía con el verso «y amores por ti yo tengo muchos», fue un poeta épico a los trece años («de la *Iliada* a *Os Lusíadas*», confiesa), que no evitó el encuentro con Carducci, Pascoli o D'Annunzio. Una fase que acabó cuando, durante una clase en Bolonia en el liceo Galvani, en 1937, el profesor sustituto, Antonio Rinaldi, leyó a la clase un poema de Rimbaud. Vino después el gran período de los llamados «herméticos» (Montale, Quasimodo, Ungaretti) y las primeras amistades literarias: Francesco Leonetti, Roberto Roversi, Gaetano Arcangeli, Alfonso Gatto. En 1942 paga de su bolsillo la publicación de su primer libro de versos, *Poemas de Casarsa*, que editará la librería anticuaria de Landi.

Pasolini escribió poesía tanto en dialecto friulano (idioma que usó para los *Poemas de Casarsa*) como en italiano normativo. Andrea Zanzotto halla una diferencia fundamental en el uso que el poeta hace de ambas lenguas: según él, para Pasolini el friulano es el idioma de su madre, mientras que el italiano es la lengua del padre, de la burguesía, la «lengua vehicular mayor» (201-212) con una función pública. Y es a esa función pública a la que el poeta no renuncia nunca, considerándola constitutiva de su lenguaje poético, haciendo que entren en él también con pleno derecho los tonos oratorios y declamativos (Marazzini, 23). Y eso pese a que, como cuenta en el texto ya citado, «lo que me convirtió en comunista fue la lucha de los campesinos friulanos contra los propietarios de los grandes terrenos y las granjas tras la guerra».

El italiano será el idioma que Pasolini elija para su poesía «civil». Es en ella donde se advierte el impacto paralelo de la historia y de la actualidad (Marazzini, 24). Marazzini subraya también el hecho de que algunas palabras del dialecto aparecen trasvasadas a la poesía en italiano de Pasolini, curiosamente, no como notas regionalistas, sino asumiendo una función noble, con un rol de cultismos (28).

Lo que traemos al lector es, pues, una muestra de esa poesía civil escrita en italiano. *Las cenizas de Gramsci* (1957) aparece dos años después de su primera novela, de su primer éxito y de su primera denuncia (seguirán muchas). Se trata de un largo poema narrativo (que a Calvino le recordaba los poemas civiles de Foscolo). La historia de Italia y su paisaje son la excusa para hablar de su propia desilusión política. En la sección que le da título, centro de gravedad del conjunto, Pasolini dialoga con la tumba de Antonio Gramsci, conocido intelectual marxista que tuvo una gran influencia en los años de formación de Pasolini y que ahora es, sin embargo, centro de la diana de su desilusión, o, más matizadamente, uno de los lugares en los que se pone en juego ese «contradecirme» tan pasoliniano. Gramsci está enterrado en el cementerio protestante de Roma, no lejos de Shelley. Su lápida reza apenas: «*Cinera Gramsci*», y las dos fechas. La figura de Antonio Gramsci es omnipresente en la política y cultura italianas de la posguerra. Fundador del Partido Comunista Italiano en 1921, en 1926 fue detenido y ya nunca abandonaría la prisión. Durante su encarcelamiento escribió un gran número de cuadernos y cartas sobre historia, cultura, filosofía y política. Estos escritos, que se publicarían ya acabada la guerra, influirían de modo decisivo en el curso del pensamiento italiano posterior, especialmente con el aumento de la influencia del Partido Comunista en las décadas de los sesenta y los setenta.

*La religión de mi tiempo* (Pasolini tomó el título de un soneto del poeta romanesco Giuseppe Gioachino Belli) se publicó en 1961. El tema general del libro lo resume en una entrevista concedida el mismo año de su publicación por el propio Pasolini. En respuesta al crítico marxista Carlo Salinari, después de aclarar que la ideología de un poeta no consta apenas de su vertiente política, diferencia la crisis que refleja este nuevo libro de la contada en *Las cenizas de Gramsci*: «*La religión de mi tiempo* expresa la crisis de los años sesenta

[...]. La sirena neocapitalista de un lado, el desistimiento revolucionario del otro; es el vacío, el terrible vacío existencial que nos derrota» (Bazzochi, 162).

*Poesía en forma de rosa* aparece en 1964, en dos ediciones muy cercanas: una primera en abril, y una segunda, corregida, en junio. La rosa es aquí «símbolo de sexualidad y de irracionalidad, además de alusión mística y dantesca» (Bazzochi, 154-155). Se trata de un libro más variado en la forma y en el fondo (el propio Pasolini habla en la solapa del libro de «Temas, trenes y profecías, diarios, entrevistas, reportajes y proyectos en verso»). Pasolini narra el momento presente como si se tratase de una nueva prehistoria, ya caídos todos los ideales de la década de los 50.

El último de los libros aquí recogidos, *Transhumanar y organizar*, se publica en 1971. El libro mezcla, como el título, meditación y acción, poemas políticos y poemas de amor: de nuevo la contradicción pasoliniana, como si nada existiese sino al ser puesto en contradicción, tras superar la prueba de ser contradicho. «*Trasumanar*», que hemos traducido como «Transhumanar», es una palabra inventada por Dante (*Paradiso* I, 7071). En conjunto, el título hay que leerlo, como de otro modo es habitual en Pasolini, como un oxímoron que reúne la praxis marxista y la trascendencia católica (la expresión es de John Ahern).

Pasolini no quiere hablar al pueblo desde un balcón, ni desde una cátedra: él es un igual hablando a sus iguales, despertando a sus iguales. Por eso critica, por ejemplo, a Picasso, acusándole de alejarse del pueblo incluso cuando lo expresa, como en el *Guernica*, donde su «error» es representar «la idea, el puro capricho, / *airado*, de gigantesca y *grasienta* / expresividad» sin llegar a hundirse él mismo en el infierno que el pueblo habita (Biancoforte, 67).

Giuseppe Zigaina propone un curioso ejercicio para comprender mejor la técnica expresiva de Pasolini. Toma un paso del guion de *Uccellacci e uccellini*

en el que el cuervo, que es la contrafigura del director, es desplumado y zampado por Totò al final de la película. Zigaina propone sustituir, en ese parlamento, la palabra *cuervo* por la palabra *yo*. Según él, «el texto resultante asume un valor perfectamente adecuado al discurso que habría hecho sobre su propia muerte un Pasolini en el valle de Josafat». Este sería el texto resultante:

Yo «debía ser comido» al final: esta era la intuición y el plano inderogable de mi fábula. Debía ser comido, porque, a mi vez, había concluido mi mandato, concluido mi cometido, había sido, como se dice, superado; y además porque, por parte de mis asesinos, debía llevarse a cabo «la asimilación» de cuanto de bueno —de entre lo poco de útil— que yo hubiera podido, durante mi mandato, haber dado a la humanidad (54).

Pier Paolo Pasolini nació el 5 de marzo de 1922 en Bolonia, hijo de una maestra y de un oficial de infantería. Debido a los traslados motivados por el oficio de su padre vivió en distintos lugares de Italia. Ya en su primera juventud pasará siete años en Bolonia (intercalando los veranos de Casarsa), donde nace su vocación literaria. En 1942 participa en un viaje a la Alemania nazi organizado como encuentro de la juventud universitaria de los países fascistas. De regreso publicó un artículo que lo situaba ya fuera del fascismo. Obligado a alistarse en el ejército en 1943, desobedeció la orden de entregar las armas a los alemanes y huyó de la deportación disfrazado de campesino, refugiándose en Casarsa. Allí, con algunos amigos, fundaría la «Academiuta di lengua furlana», cuyo fin era reivindicar el uso literario del friulano. En 1944, en parte para escapar de los reclutamientos fascistas para el nuevo ejército de la República de Salò, se traslada con su madre a Versuta, donde fundan una escuela gratuita en su casa. Se enamorará de uno de sus alumnos a la vez que la violinista eslovena Josipina Kalc, que se había refugiado con su familia en casa de los Pasolini, se

enamoraba de él. En 1945 el hermano pequeño de Pier Paolo, Guido, fue asesinado junto a su partida de partisanos por una milicia comunista. En los años siguientes continuará su carrera literaria a la vez que cimentará su fama de polemista político, de comunista fuera del partido. Comienza a enseñar literatura en escuelas públicas y se afilia al PCI. En 1950 se traslada a Roma con su madre, que trabaja como empleada de hogar. Conoce a Sandro Penna y consigue un puesto de maestro en una escuela media de Ciampino. Comienzan sus años de más actividad y presencia pública hasta su decisión de mantenerse al margen, con un momento simbólico en 1970, cuando compra la Torre de Chia, en la que hizo construir un apartamento para dos. El alejamiento, sin embargo, será solo simbólico, y Pasolini tendrá una gran presencia pública hasta el momento de su asesinato, la noche del 1 al 2 de noviembre de 1975.

Pasolini se quiso un hombre libre. Para ello hurgó sin anestesia en los rincones más ocultos de su formación, de su biografía, de sus impulsos y de su inteligencia para arrancar las malas hierbas de lo impuesto, de lo asumido sin crítica, de lo obligatorio, de lo mal llamado «moral». Pese a considerarse comunista (nunca un comunista ortodoxo), sabía que ninguna idea era definitiva, que la verdad no era algo que pudiera atraparse, sino algo que «sucede» en el encuentro de cosas diversas. Buscó y expuso sin pudor todo lo que encontró. Fue juzgado, insultado, golpeado. Todo lo resistió, sin cejar en su búsqueda, hasta su brutal asesinato la noche del 1 de noviembre de 1975. Un asesinato que todavía hogaño es motivo de dudas y debate. ¿Quién le asesinó? ¿Quién martirizó a Pier Paolo Pasolini, santo mártir de la libertad absoluta? Aunque sus asesinos, aún hoy impunes, tenían nombre y apellidos, lo más inquietante es que le asesinó un ente abstracto: le asesinó la sociedad. Sus enemigos se contaban en todos los bandos: su soledad era tal que ni siquiera sus amigos más cercanos le comprendían del todo (ponen los pelos de punta las

declaraciones de su amigo Moravia tras el asesinato, viniendo a decir, poco más o menos, que se lo había buscado por esas compañías suyas). Lo dramático, lo escalofriante, lo turbador, es que a Pier Paolo Pasolini, como a Jesucristo (tal vez le hubiera gustado la comparación), pero de una forma mucho más brutal, con infinito ensañamiento, no lo mataron los *rojos*, ni los *fascistas*, ni la ley, ni los rateros: lo mató Fuenteovejuna.

Martín López-Vega

*Iowa City, 11 de octubre 2014*

## BIBLIOGRAFÍA

- BAZZOCCHI, MARCO ANTONIO (1998), *Pier Paolo Pasolini*. Bruno Mondadori, Milán.
- BIANCOFIORE, ANGELA (2003), *Pasolini*. Palumbo, Palermo.
- MARAZZINI, CLAUDIO (1998), *Sublime volgar eloquio. Il linguaggio poetico di Pier Paolo Pasolini*. Mucchi Editore, Módena.
- PASOLINI, PIER PAOLO (1994), *Vita attraverso le lettere*, edición de Nico Naldini, Einaudi, Turín.
- (1995), *Interviste corsare. Sulla politica e sulla vita 1955-1975*, edición de Michele Gulinucci. Atlantide editoriale, Roma.
- Siciliano, Enzo (2005), *Vita di Pasolini*. Mondadori, Milán.
- ZANZOTTO, ANDREA (1980), «Pasolini poeta», in Pasolini, *Poesie e pagine ritrovate*, edición de A. Zanzotto y N. Naldini, Lato Side editori, Roma.
- ZIGAINA, GIUSEPPE (1999), *Pasolini. «Un'idea di stile: uno stilo!»*, Marsilio, Venecia.

LAS CENIZAS DE GRAMSCI  
*(1957)*

## LAS CENIZAS DE GRAMSCI

### I

No es de mayo este aire impuro  
que el umbroso jardín extranjero  
vuelve aún más oscuro o ciega  
con súbitos resplandores... Este cielo  
de babas sobre los áticos ocres  
que en inmensos semicírculos sirven de velo  
a las curvas del Tíber, a los azulados  
montes del Lazio... Emanan una paz  
mortal, inquietante como nuestros destinos,  
tras las viejas murallas el otoñal  
mayo. Refleja la grisura del mundo  
al final de la década en que parece  
entre escombros liquidado el profundo  
e ingenuo esfuerzo de rehacer la vida;  
el silencio, podrido y estéril...  
Tú, joven, en aquel mayo en que el error

significaba todavía vida, en aquel mayo italiano  
que a la vida añadía cuando menos ardor,  
mucho menos imprudente e impuramente sano  
que nuestros padres —no padre, sino humilde  
hermano—, ya con tu manita delgada  
delineabas el ideal que ilumina  
(pero no para nosotros: tú muerto, y nosotros  
también muertos, junto a ti, en el húmedo  
jardín) este silencio. No puedes,  
¿te das cuenta?, más que reposar en este lugar  
extraño, recluso aún. Un tedio  
patricio te circunda. Y, apagado,  
solo te alcanza algún golpe de yunque  
desde las oficinas del Testaccio  
en el crepúsculo amodorrado: entre míseros cobertizos,  
desnudas pilas de hojalata, chatarra, donde  
cantando disoluto un aprendiz concluye  
su jornada, mientras en torno escampa.

## II

Entre dos mundos, la tregua que nos es ajena.  
Dilemas, entregas... otro sonido no tienen  
ya más que este del jardín desolado

y noble, donde tozudo el engaño  
que atenúa la vida persiste en la muerte.  
En los círculos de los sarcófagos no hacen  
más que mostrar la suerte duradera  
de gente laica las laicas inscripciones  
de estas piedras grises, breves  
e imponentes. Aún de pasiones  
desenfrenadas sin escándalo son brasas  
los huesos de los miles de naciones  
mayores; resuenan, casi nunca desaparecidas,  
las ironías de los príncipes, de los pederastas,  
cuyos cuerpos están en las urnas diseminadas  
incinerados, sí, pero ni así castos.  
Aquí el silencio de la muerte es fe  
de un civil silencio de hombres que aún son  
hombres, de un tedio que en el tedio del Parque  
se transforma discretamente: y la ciudad  
que, indiferente, lo confina entre  
tugurios e iglesias, impía en la piedad,  
pierde su esplendor. Su tierra  
fértil de ortigas y legumbres da  
estos cipreses enjutos, esta negra  
humedad que mancha los muros en torno  
a descoloridos arbustos de boj que la tarde

al serenarse apaga como desangelados  
indicios de alga... Esta escasa hierba fresca  
sin aroma en que violeta se abandona

la atmósfera con un escalofrío de menta  
o heno podrido, y calmada anuncia,  
con diurna melancolía, la apagada

trepidación de la noche. Rudo  
de clima, dulcísimo de historia, es  
entre estos muros el suelo en que transpira  
otro suelo; esta humedad que  
recuerda otra humedad; y resuenan  
—familiares desde latitudes y

horizontes donde las silvas inglesas coronan  
lagos extraviados en el cielo, entre praderas  
verdes como mesas de billar fosforescentes o como  
esmeraldas: *And O ye Fountains...*—las pías  
invocaciones...

### III

Un trapo rojo, como el que alrededor  
del cuello llevaban los partisanos,  
y junto a la urna, sobre el terreno céreo,  
de un rojo distinto, dos geranios.  
Ahí estás, proscrito y con una severa elegancia

no católica, alistado entre muertos

extraños: Las cenizas de Gramsci... Entre la esperanza  
y la desconfianza, como siempre, me acerco a ti, llegado  
por azar a este exiguo invernadero, ante

tu tumba, ante tu espíritu perpetuado  
aquí abajo entre los libres. (O es algo  
distinto tal vez, más extasiado

y también más humilde, ebria simbiosis  
adolescente de sexo y muerte...)

Y en esta tierra en la que no encontré reposo  
tu tensión siento cuán errado

—aquí en la quietud de las tumbas—, y a la vez  
cuán cierto —en el inquieto destino

nuestro—, estabas al redactar las magnas  
páginas en los días de tu asesinato.

He aquí el testimonio de la semilla

—no dispersa aún— del antiguo dominio,  
estos muertos aferrados a una avidez  
que hunde en los siglos su abominación

y su grandeza: y a la vez, obsesivo,  
aquel vibrar de yunques, en sordina,  
sofocado y angustioso —del humilde

barrio—, que da fe de su fin.

Y heme aquí a mí mismo... Pobre, vestido

con los trapos que los pobres admiran en los escaparates  
por su áspero esplendor y que han desteñido  
la mugre de las calles más apartadas  
y de los bancos de los tranvías que aturden  
mi día a día. Aunque cada vez son más raros  
estos momentos de alivio en el tormento  
de mantenerme con vida. Y si  
amo el mundo no es por violento  
e ingenuo amor sensual, del mismo modo  
que en otro tiempo, confuso adolescente,  
lo odié, si al hacerlo me hería el mal  
burgués de mi yo burgués: y ahora, repartido  
—contigo— el mundo, ¿no parece objeto  
de rencor y casi de místico  
desprecio la parte que ostenta el poder?  
Incluso sin tu rigor, subsisto  
porque no elijo. Vivo en el no querer  
de la posguerra en declive: amando  
el mundo que odio —en su miseria  
desdeñoso y perdido— por un oscuro escándalo  
de la conciencia...

El escándalo de contradecirme, de estar  
contigo y contra ti; contigo de corazón,  
en luz, en tu contra con las oscuras vísceras;

traidor a mi estado paterno  
—de pensamiento, en una sombra de acción—  
me sé apegado a él en el calor

de los instintos, de la pasión estética;  
atraído por una vida proletaria  
anterior a ti, para mí es religión

su alegría, no su milenaria  
lucha: su naturaleza, no su  
conciencia; es la fuerza originaria

del hombre, perdida en el acto,  
lo que le otorga la ebriedad de la nostalgia  
y una luz poética: y no sé decir  
otra cosa que aquello que es  
justo pero no sincero, abstracto  
amor, no simpatía acongojada...

Pobre como los pobres, me apego  
como ellos a esperanzas humillantes,  
como ellos para vivir pelea

cada día. Pero, en mi desoladora  
condición de desheredado,  
yo poseo: y poseo la más exaltante

de las posesiones burguesas, el estado  
más absoluto. Pero del mismo modo que poseo  
la historia, ella me posee; me ilumina:  
pero ¿de qué sirve su luz?

## V

No me refiero al individuo, fenómeno  
del ardor sensual y sentimental...  
Ese tiene otros vicios, otro es el nombre  
y la fatalidad de su pecado...  
¡Pero cómo están en él amasados  
los comunes vicios prenatales y el  
pecado objetivo! Los actos internos  
y externos que lo encarnan  
a la vida no son inmunes a ninguna  
de las religiones de esa vida,  
como hipoteca de la muerte, instituidas  
para engañar a la luz e iluminar el engaño.  
Destinados a ver sepultados  
sus despojos en el cementerio de Verano, su lucha  
con ellos es católica, jesuíticas  
las manías con que prepara el corazón  
y aún más adentro: tiene bíblicas astucias

su conciencia... e irónico ardor

liberal... y áspera luz, entre la repugnancia  
de los dandis de provincias, de provinciana  
normalidad... Hasta las ínfimas minucias

en que se desvanecen, en el trasfondo animal,  
Autoridad y Anarquía... Bien protegido  
de la impura virtud y del ebrio pecar,  
defendiendo una ingenuidad de obseso,  
¡y con qué conciencia!, vive el yo: yo,  
vivo, eludiendo la vida, y en el pecho

el sentimiento de una vida que sea olvido  
abrumador, violento... Ah, qué bien  
entiendo, silente en el podrido silbido

del viento, aquí donde calla Roma,  
entre los cipreses fatigadamente agitados,  
junto a ti, al alma cuya inscripción dice

*Shelley*... Qué bien entiendo el vórtice  
de los sentimientos, el capricho (griego  
en el corazón del patricio, nórdico  
veraneante) que lo absorbió en el ciego  
celeste del Tirreno; la carnal  
alegría de la aventura, estética

y pueril: mientras Italia, postrada  
como dentro del vientre de una enorme

cigarra, abre de par en par blancos litorales,  
diseminado el Lazio de veladas huestes  
de pinos barrocos, de delicados  
y amarillos claros de brezo, donde duerme  
con el miembro hinchado entre los andrajos su sueño  
goethiano el campesino romano...  
En Maremma, oscuros, estanques magníficos  
de helechos de lengua de serpiente en los que se incrusta  
el avellano, por las veredas que el pastor  
con su juventud llena hasta el borde, ajeno.  
Ciegamente fragantes en las secas  
curvas de Versilia, que al mar  
enmarañado, ciego, los tersos estucos,  
las taraceas leves de su pascual  
campiña enteramente humana  
expone, ensombrecida sobre el Cinquale,  
ovillada bajo los tórridos Alpes Apuanos,  
los azules vítreos sobre el rosa... Peñascos,  
desprendimientos, desbaratados como por un pánico  
de fragancia, en la costa suave,  
erguida, donde el sol lucha con la brisa  
por dar suprema suavidad a los óleos  
del mar... Y en torno resuena de alegría  
el ilimitado instrumento de percusión

del sexo y de la luz: tan acostumbrada

está Italia que no se estremece, como  
muerta en vida: gritan fervorosos  
en centenares de puertos el nombre

del compañero los jovenzuelos con mador  
en el moreno del rostro, entre la gente  
de la costa, en huertos de cardos,

en mugrientas playuchas...

¿Me pedirás tú, muerto sin alharacas,  
que abandone esta desesperada  
pasión de estar en el mundo?

## VI

Me marchó, te dejo en esta tarde  
que, aunque triste, dulce cae  
sobre nosotros los vivos, con esa luz cérea

que en el barrio en penumbra se condensa  
y lo desata. Lo hace más grande, vacío,  
en torno, y, más a lo lejos, lo reaviva

con una vida ansiosa que con el ronco  
rodar de los tranvías, de los gritos humanos,  
dialectales, compone un concierto tenue

y absoluto. Y sientes cómo en esos lejanos

seres que en vida gritan y ríen  
en sus vehículos, en sus miserables

bloques de viviendas donde se consume el traicionero  
y expansivo don de la existencia,  
esa vida no es más que un escalofrío;

corpórea, colectiva presencia;  
sientes la falta de toda religión  
verdadera; no vida, sino supervivencia

—tal vez más feliz que la vida— como  
de un pueblo de animales, en cuyo arcano  
orgasmo no hay otra pasión

que la del trabajo diario:  
humilde fervor que otorga un aire de fiesta  
a la humilde corrupción. Cuanto más vano es

—en este vacío de la historia, en esta  
resonante pausa en que la vida calla—  
todo ideal, mejor se manifiesta

la admirable, adusta sensualidad  
casi alejandrina, que todo burila  
e impuramente enciende, cuando aquí

en el mundo algo se derrumba, y se arrastra  
el mundo en la penumbra volviendo  
a vacías plazas, a oficinas sin aliento...

Ya se encienden las farolas estrellando

Via Zabaglia, Via Franklin, todo el  
Testaccio, desangelado en torno a su gran  
mugrienta colina, las calles junto al Tíber, el negro  
fondo, al otro lado del río, que Monteverde  
amasa o dispersa invisible en el cielo.

Diademas de farolas que se pierden,  
desmayadas, y fríos de tristeza  
casi marina... Falta poco para la cena;

resplandecen los pocos autobuses del barrio,  
con racimos de obreros en sus puertas,  
y grupos de militares se dirigen, sin prisa,

hacia la colina que oculta, entre excavaciones  
podridas y montones secos de basura  
a la sombra, escondidas putillas

que esperan enfadadas sobre la inmundicia  
afrodisiaca: y, no lejos, entre chabolas  
ilegales en las laderas del monte, o en

palacios, como en mundos, muchachos  
ligeros como estraza juegan a la brisa  
ya no fría, primaveral; ardientes

de despreocupación juvenil su romana  
tarde de mayo oscuros adolescentes  
silban en las aceras, en la fiesta

vespertina; y hacen estallar en un estruendo

las cerraduras de los garajes, alegremente,  
si la oscuridad ha vuelto serena la tarde,  
  
y entre los plátanos de la Piazza Testaccio  
el viento que cae en tiritones de tormenta  
es bien dulce aunque desprenda los sombreros  
  
y los ladrillos del matadero, se empape  
de sangre purulenta y por todas partes  
agite desechos y olor a miseria.

Es un zumbido la vida, y quienes se pierden  
en ella la pierden serenamente,  
si el corazón tienen lleno: disfrutando

aquí están, desdichados, la tarde: y potente  
en ellos, inerme, por ellos, el mito  
renace... Pero yo, con el corazón consciente

de quien tan solo en la historia tiene vida,  
¿podré jamás actuar con pura pasión  
a sabiendas de que nuestra historia ha terminado?

(1954)

## EL LLANTO DE LA EXCAVADORA

### I

Solo amar, solo conocer  
cuenta; no haber amado  
ni haber conocido. Angustia

vivir un amor ya  
consumado. El alma deja de crecer.  
Y en el calor encantado

de la noche que plena  
en las curvas del río y las amodorradas  
visiones de la ciudad salpicada de luces

resuena aún de mil vidas,  
desamor, misterio y miseria  
de los sentidos, se me vuelven enemigas

las formas del mundo que hasta ayer  
eran mi razón de existir.

Aburrido, cansado, me recojo a través de negras  
plazuelas de mercados, tristes

calles en torno al puerto fluvial,  
entre las chabolas y los almacenes mezclados

con los últimos prados donde mortal  
es el silencio: pero más allá, en el Viale Marconi,  
en la estación del Trastevere, parece  
dulce todavía la tarde. Vuelven en sus motos  
ligeras a sus afueras, a sus barrios,  
con mono o con pantalón de trabajo,

pero bien dispuestos por un festivo ardor  
los jóvenes con sus compañeros  
en el asiento de atrás, sucios, rientes.

Los últimos en llegar charlan de pie en voz  
alta en la noche, aquí y allá, en las mesas  
de los locales aún iluminados y semivacíos.

Estupenda y miserable ciudad  
que me has enseñado cuanto alegres y feroces  
los hombres aprenden siendo niños,

las pequeñas cosas en que la grandeza  
de la vida en paz se descubre, cómo  
caminar adustos y dispuestos entre la multitud

callejera, cómo dirigirse a otro hombre  
sin temblar, cómo no avergonzarse  
de mirar el dinero contado

con dedos torpes por el revisor

que suda frente a las fachadas que pasan  
con un color eterno de verano;

a defenderme, a ofender, a tener  
el mundo ante los ojos y no  
solo en el corazón, a entender

que pocos conocen las pasiones  
que yo he vivido:  
que no son mis hermanos, y eso que son

hermanos por tener también  
pasiones de hombres  
que alegres, inconscientes y enteros

viven experiencias  
para mí desconocidas. Estupenda y miserable  
ciudad que me has hecho

experimentar esa vida  
desconocida hasta hacerme descubrir  
aquello que era el mundo para cada uno.

Una luna moribunda en el silencio,  
que ella misma alimenta, palidece entre violentos  
ardores; que miserablemente en la tierra

cambia de vida, entre hermosas avenidas, viejas  
callejuelas que aun sin dar luz deslumbran  
y, en todo el mundo, se reflejan

allá arriba, una cualquiercosa de cálidos nubarrones.

Es la noche más hermosa del verano.  
Trastevere, que huele a paja  
de los viejos establos, a vacías  
tabernas, no duerme aún.  
Los rincones oscuros, las paredes plácidas  
resuenan con rumores hechizados.  
Hombres y muchachos regresan a casa  
—bajo festones de luces abandonadas—  
hacia sus callejones ciegos que obstruyen  
oscuridad e inmundicia con ese paso blando  
que invadía mi alma  
cuando amaba verdaderamente, cuando  
verdaderamente quería entender.  
Y, como entonces, desaparecen cantando.

## II

Pobre como un gato del Coliseo  
vivía en un arrabal todo cal  
y polvareda, lejos de la ciudad  
y del campo, apretujado día tras día  
en un autobús agonizante:  
y cada ida, cada vuelta  
era un calvario de sudor y ansias.

Largas caminatas en la calurosa calima,  
largos crepúsculos frente a los papeles  
revueltos sobre la mesa, entre calles de barro,  
tapias, chabolas encaladas  
sin ventanas, con cortinas a modo de puertas...

Pasaban el vendedor de aceitunas, el trapero,  
de paso desde otra barriada  
con la mercancía tan llena de polvo que parecía  
robada, y un rostro cruel  
de jóvenes envejecidos entre los vicios  
de quien tiene una madre dura y hambrienta.

Renovado por el mundo nuevo,  
libre —una llamarada, un hálito  
que no sé nombrar— a la realidad  
que humilde y sucia, confusa e inmensa,  
bullía en la meridional periferia  
le daba un aire de serena piedad.

Un alma en mí que no era solo mía,  
un alma pequeña en aquel mundo ilimitado  
crecía, nutrida por la alegría  
de quien amaba aun sin ser correspondido.  
Y todo se iluminaba por este amor  
tal vez apenas de muchacho heroicamente  
madurado así y todo por la experiencia